

La sonrisa

No sé ni por dónde empezar con esta historia ya que con solo el hecho de pensarlo se me eriza la piel. Por ello, prometo que será breve, rápida... pero a su vez lenta, dolorosa y pesada.

Fue una tarde de otoño, una de esas en las que el sol desaparece de forma fugaz y dejando poco a poco paso a la oscuridad de la noche, la misma que te atrapa, te envuelve y te hace vulnerable a las sombras más negativas del mundo no observable, no tangible y por ello, no controlable.

Me encontraba sola en aquella caseta de mi tía que recientemente había adquirido como mi primera propiedad. Pensaba reformarla y hacerle algunos cambios, adaptarla a mi gusto y, sobre todo, mejorar su energía que me transmitía. Es cierto que desde el primer día que entré en ese domicilio me sentí rara, como observada y a la vez acosada por algo o alguien que estaba allí, aunque, por mucho que mirara y buscara no había nadie.

Ese día me encontraba en la cocina, después de una larga jornada de trabajo como oficinista, tomando una taza de café. Estaba absorta en mis pensamientos, planeando las tareas que todavía debía hacer antes de acabar el día, cuando de repente lo sentí. Un murmullo flojo y desagradable se me filtraba por las orejas, como si se tratara del llanto de un bebé que terminó convirtiéndose en un grito. Histérica, me levanté de la silla y busqué por toda la casa si se encontraba alguien, incluso preguntando, y no obtuve ninguna respuesta. Salí a la calle, con la esperanza de ver a alguien merodeando (ya que era una casa que estaba bastante apartada del pueblo y no solía haber nadie alrededor) pero no vi ni una sola persona. Asustada, entré de nuevo y me fui directa a mi habitación y cerré la puerta. Me olvidé por completo de ese café humeante y de todo lo que tenía entre manos ya que estaba en un estado de shock importante.

A continuación, traté de tranquilizarme y me puse un disco de música relajante que me había comprado semanas atrás en un mercadillo de objetos antiguos al que fui con mi hermano. En unos instantes, no sé si por el cansancio o por el estrés, me quedé dormida de forma profunda. Soñé con unas muñecas, a las que les faltaban los ojos que gritaban y gritaban y yo solamente corría por un pasillo interminable. Al rato, no sé ni cuánto tiempo después, me desperté gritando. Miré el reloj de la mesita

de noche que tenía con forma de luna y marcaba las tres de la mañana. ¿Cómo podía ser? ¡Me había dormido! Fue todo tan confuso que decidí irme a la cocina a por un vaso de agua fresca para intentar aclarar mis ideas.

Una vez allí, me quedé petrificada. La cocina, que había estado ordenando y limpiando varios días atrás estaba completamente manchada de un líquido viscoso rojo granate que a simple vista parecía sangre. Había gotas por todas partes y el suelo era una especie de piscina. En un inicio no sabía qué pensar, pero después decidí acercarme y tocarlo. Efectivamente era sangre. En ese momento, no supe qué hacer. ¿Habían matado a una persona en mi cocina? ¿Alguien me estaba gastando una pesada broma? ¿De dónde había salido tal cantidad de sangre? Fueron las primeras preguntas que se me ocurrieron. Por ello, decidí salir de esta parte de la casa e irme al comedor para aclarar mis pensamientos. Allí, me senté en el sofá y cavilé todo lo que me había acabado de suceder. A los pocos minutos, la vi. Vi lo que no tenía que haber visto y que me condena cada vez que cierro los ojos.

El espacio y el tiempo son muy relativos según el momento en el que se encuentre una persona. Puede pasar rápido el tiempo en uno en el que nos encontremos felices, cómodos y acompañados, o puede pasar terriblemente lento en el que nos situemos infelices, amenazados y atemorizados. En mi caso, la relación espaciotemporal se rompió por completo en una milésima de segundo.

Todo esto fue por ella. Por esa figura que me miraba anhelante en una esquina de mi comedor. Y es que en este momento me acordé de las palabras de aquel señor mayor que vi semanas atrás paseando por los alrededores de esta humilde morada. Estas palabras no eran de alegría, sino de advertencia y me llegaron a lo más profundo de mi alma. Este señor, con toda su buena voluntad, intentó advertirme de los peligros que podrían acontecerme al vivir en esta casa y yo, educadamente, le dije que no pasaba nada, que iba a reformarla, como si por tirar cuatro paredes y repintar este habitáculo todo se solucionara. En este momento, me di cuenta de que había sido una ingenua y que no tenía nada que hacer.

Y es que este hombre me contó que hace muchos años, en esta pequeña casa vivía una familia muy feliz que tuvo un final bastante trágico, hecho que intenta ocultar el resto del pueblo por temor a represalias tanto de personas como de entes negativos.

La familia Pérez-Gonzal era muy querida por los habitantes del pueblo. Se trataba de un matrimonio que se había casado hacía un par de años, aunque llevaban toda la vida juntos y que tenían una hija pequeña de tan solo un año y medio de edad llamada Doria. Ellos eran Salvador Pérez y Camila Gonzal, ambos originarios de México. La niña, Doria, había nacido en España y era muy querida por la gente de la zona ya que era una bebé muy simpática y sonriente que parecía una muñeca.

Ambos trabajaban, él en la construcción y ella en un hostel cercano. Era cocinera. En sus horas libres no dudaban en pasar su tiempo juntos como una bonita familia paseando, yendo a cenar o, simplemente, disfrutando de su propia compañía. Así pues, hay que mencionar a la abuelita, la señora Encarna María, a quien ya adelanto que tuvo un final más que violento.

Un día, el matrimonio había acabado su jornada de trabajo a la misma hora y se dispusieron a volver al domicilio a cenar y a darse un relajante baño mientras disfrutaban de su pequeña hija que había estado cuidada todo el día por la amable anciana. Ese, fue el último día que los vieron con vida a ambos.

Salvador y Camila, volvieron sobre las ocho de la tarde a su casa y al llegar, incluso antes de entrar, ya vieron cosas muy extrañas como la luz que estaba encendida en toda la casa y que parpadeaba en la cocina. Se extrañaron, ya que doña Encarna era una mujer muy ahorradora que apenas encendía las luces salvo cuando era estrictamente necesario. Al entrar, se dieron cuenta de que algo terrible había pasado. La cocina, que siempre estaba impoluta, estaba completamente manchada de sangre, la cuna estaba tirada en el suelo y, la baraja de cartas con la que la abuelita se entretenía en sus largas tardes de verano estaba tirada en el suelo. En este momento, sus corazones se detuvieron y empezaron a buscar a su hija Doria y a Encarna por todo el domicilio, temiéndose lo peor. Hasta que las vieron. Estaban en el dormitorio principal, acostadas sobre la cama y bañadas en sangre, ambas sin ojos y con una terrible sonrisa dibujada. En ese instante, Camila corrió a tocar ambos cuerpos para ver si tenían pulso, pero no respondían. Desconsolada y asustada rompió a llorar, abrazando a su amado Salvador, al que tampoco reaccionaba de ninguna de las maneras como si de un muñeco se tratara. Estuvieron un buen rato observando, llorando, gritando y, sobre todo, intentando procesar esta escena grotesca que se les

mostraba. No podía ser, era una escena absolutamente tan dantesca e inusual que sus cerebros no lo podían procesar. Y, en ese momento, la escucharon.

Primeramente, se escuchó una risa de una niña, parecía de una muy pequeña, casi de bebé hasta que poco a poco acabó siendo la risa de una persona adulta, no se podía determinar si la de un hombre o una mujer, hasta que terminó con un chillido final seco y desgarrador. No daban crédito. Delante de ellos estaba una mujer, vestida con unos pantalones tejanos rotos, una camiseta negra y con el pelo alborotado. Aun así, era una mujer joven que resultaba bastante atractiva, de no haber sido por la situación en la que estaban y por sus manchas de sangre, que se situaban sobre todo en su frente y en su boca.

Ambos dos se quedaron absolutamente petrificados y, Camila intentó descifrar quién era la mujer que tenía enfrente. En cambio, Salvador sí que lo sabía. Había sido su amante durante más de diez años, se trataba de Gracia, una joven que conoció en una fiesta de un pueblo cercano.

Gracia empezó a reírse de nuevo y presa por la furia que tenía, le atestó dos cuchilladas a Camila. Salvador intentó apartarla, pero esta se escabulló rápido y acabó clavándole el cuchillo de grandes dimensiones en la sien a este joven. Mientras tanto, iba cantando una canción de desamor que ella misma se había inventado, en la que exponía el hecho de que no se sentía suficientemente valorada pero que la mejor arma era no poder ver y continuar con una sonrisa. Por ello, habían acontecido aquellos asesinatos, privándoles de ojos a ambas y dibujándoles una “bonita sonrisa”. Fue un crimen tan macabro que todo el pueblo intenta mirar hacia otro lado ya que no solamente fallecieron todos los miembros de la familia, sino que esta muchacha se quitó la vida de la misma manera al lado de ellos.

Esta historia me pareció un cuento chino, aunque siempre había pensado en investigar sobre ella en un futuro, aunque en ese momento, ya era demasiado tarde.

Me encontraba allí, petrificada, mirando a esta figura que estaba tan solo a unos metros de mí. No tenía ojos, y en vez de una boca, tenía una sonrisa tallada de oreja a oreja. En ese momento, pensé: se acabó. La tensión se podía cortar con un cuchillo, nunca mejor dicho, y decidí hacer algo. Decidí gritar, como si de una pesadilla se tratara, con la esperanza de despertarme de este estúpido sueño en el que quería creer que me encontraba. Grité y grité con todas mis fuerzas, pero no ocurrió nada.

La figura estaba ahí, quieta, distante, pero a la vez amenazante y me observaba, sin ojos y sin alma. De repente, decidí levantarme e intenté afrontarla, pero no conseguía moverme. Parecía que estuviera atada al sofá en el que me encontraba y que mis brazos y piernas pesaran una tonelada. Me sentía débil e inútil, sin fuerzas y, poco a poco, mis esperanzas de que esta historia acabase bien se iban mermando. De repente, una canción empezó a sonar, una cantada por una joven que coincidía con aquella que me había contado este hombre. Una canción triste, de desamor y falsas esperanzas, coincidente con la de la hermosa Gracia.

Pasaron los minutos y la canción seguía sonando, repitiéndose y repitiéndose, hasta que paró en seco. En ese momento, un grito profundo y violento como el de una cuchilla cortando la carne de la palma de la mano, se oyó. La figura no se movía y, acto seguido, empezó a llorar un bebé. En ese instante fue cuando apareció una fotografía de una familia en el centro de la mesita que había delante del sofá de mi casa, un hogar al que no vería igual después de todo esto. En ella, se podía observar lo que intuía que eran los miembros de la querida familia Pérez-Gonzal pero, había un detalle extraño que pude percibir. En el fondo, detrás de un árbol, se encontraba una hermosa joven con un semblante serio y, posiblemente, triste, que contemplaba la escena desde un plano externo y lejano. En ese preciso momento, la fotografía ardió y la figura que se encontraba delante de mí avanzó unos pasos hacia mi posición. Yo seguía sin poderme mover. Se sentó a mi lado y se quedó mirando al frente mientras el bebé seguía llorando. Después, me mostró otra fotografía, y era de Camila, la mujer de la historia. Y fue cuando me di cuenta de que esa mujer era muy parecida a mí. Me quedé impactada. En ese instante, la imagen dio un vuelco y se podía leer: para mi sobrina, para que sepas quién era tu tía. Te quiere: Camila. Y entonces, lo entendí todo. Era mi tía y esa familia, eran parientes míos. Esa figura iba a matarme como lo había hecho con ellos. Intenté moverme, pero era imposible. La casa empezó a arder y me sentía débil y confusa, aceptando el final que me esperaba.

Y en ese momento, fue cuando desperté, en un hospital, llena de tubos y rodeada de médicos y enfermeros. Me comentaron que había habido un incendio en mi casa y que estaba dentro pero que no sabían la causa clara de ello. Yo, no la podía explicar porque no sé si lo que viví fue real o imaginario, tan real como las marcas de mi cara en forma de sonrisa o imaginario como las fotos que vi.

